



© Julián Roitán

## ¡Eso!, eso es el fútbol

Hilda Mar Rodríguez Gómez

**E**sta es la expresión final de un video basado en un cuento de Fontanarrosa: “Viejo con árbol” (disponible en <http://www.youtube.com/watch?v=byYc8vfk2A>); después de utilizar toda clase de elogios, metáforas y relaciones del fútbol con las bellas artes: escultura, dibujo, danza, el viejo dice que eso es el fútbol. Quiero usarlo para hablar de fútbol; mejor, de la pasión que genera, de ese infinito espectro de sensaciones que abre el fútbol. Esa frase me sirve para una declaración simple, precisa, puntual: me gusta el fútbol. Así, sin más. Sin explicaciones, razones, excusas. Solo me gusta.

El fútbol llegó a mi vida por cercanía, a través de la compañía de la familia, por contagio. Así, podría decir que



se trató de un virus. Tendría poco más de diez años cuando tuve noticias de ese balón de lunares que se disputan veintidós hombres en un campo rectangular, y desde ese momento se volvió una enfermedad incurable. Porque el fútbol es muchas cosas: regulador, estimulante, silenciador, provocador.

## La cercanía de las voces

Los primeros contactos se dan a través de la radio: descripciones vívidas que me hacen comprender los movimientos en la cancha. Palabras para hablar del balón, de las posiciones de los jugadores, de las indicaciones de los técnicos. Los mismos elementos (un balón, veintidós jugadores, un campo de juego, un árbitro, dos jueces de línea, un reglamento) se conjugan de diversos modos para dar lugar a un cuento diferente: resultados, posiciones, intercambios.

La televisión llega para España 82, mi primer Mundial. La tradición dice que este Brasil, aunque no era mejor que el del 70, debía ser campeón; sus figuras merecen el título, no son jugadores, son hechiceros, malabaristas, y, como dice el viejo del cuento, encarnan todas las bellas artes en sus movimientos. Brasil no gana el Mundial. Italia se lleva la copa, Rossi se hace goleador, primera gran decepción. Al Mundial le siguen otros torneos, partidos, encuentros. Surgen otros nombres. Me centro en el torneo local y empieza a configurarse mi gusto por un equipo de la ciudad; allí la pasión resulta menos comprensible. ¿Por qué ese equipo? No hay razones; solo un sentimiento de alegría que acompaña el sonido de su nombre, el color de su camiseta, algunos de sus jugadores, grandes estrellas que se han convertido en ídolos. Me acerco al

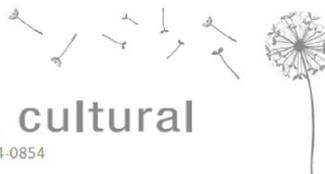
mundo de las letras. El fútbol también se lee: en las crónicas deportivas, en los análisis tácticos, en algunas obras literarias. Y es que el fútbol se degusta, se aprende. No es para una logia de expertos. También es propicio para los legos. Y, sobre todo, es adecuado para volverse jugador, técnico, árbitro, analista. En fin, es como un escenario para vivir los roles, para jugar al fútbol (mental), pues un partido requiere la implicación, no se observa un partido impasible. Ver fútbol genera emoción.

Estas vivencias hacen que desee ser cronista deportiva, como Esperanza Palacio en *El Colombiano*: hacer preguntas a los jugadores, criticar a los técnicos, analizar los partidos. ¡Ah!, qué deseos.

## A los tres años se sufren decepciones

Sara está triste, llora. Sus compañeros del preescolar le han dicho que no puede jugar fútbol: ¡eso no es para mujeres! Pocos saben, no podrían saberlo, no tendrían que saberlo, que ella asiste a las conversaciones de sus padres sobre fútbol —jugadores, equipos, esquemas tácticos—. Además, una noche sí y otra también, antes de dormir, simulamos en la sala de la casa un partido de fútbol. Yo soy la entrenadora de Sara. Su padre, el equipo rival. Quince minutos de risas, carreras y coordinación óculo-pédica no alcanzan para evitar una decepción.

Este episodio revive los silencios sobre mi afición. Era mejor no mostrar que sabía de fútbol, que me gustaba el fútbol. Pocas personas entendían esto. Para muchas otras, el fútbol era cosa de hombres. Para mí el fútbol era una pasión silenciosa, y procuraba mantenerla así,



no visible. Una vez me delaté. Domingo de fútbol. Domingo de actividades académicas. Encuentro con estudiantes. Un receso y el radio en mi oído para saber el marcador del partido de mi equipo. Un estudiante se aproxima y me pregunta: ¿qué escucha profe? Un partido, respondo. El estudiante, con cara de espanto, se aleja un poco, inquiere con la mirada y finalmente expresa: ¿ja usted le gusta el fútbol!? Miro con suavidad, sonrío y le respondo: claro, me encanta. Y me alejo, para cerrar el tema. El estudiante no puede dejar allí las cosas y empieza algo parecido a una retahíla sobre los temas importantes en el mundo, el tiempo que ocupa un partido, lo que podría hacer en ese tiempo. Yo, sigo sonriendo. ¿Cómo explicar esa pasión? ¿Para qué explicar?

Parece que resulta muy extraño que a una mujer le guste el fútbol; más extraño aún, que sepa de fútbol, que pueda hablar con alguna propiedad de este deporte. Ya no intento convencer a otros de esta posibilidad; solo me dedico a disfrutar de mi conocimiento. He ido descubriendo mi secreto a algunas personas de mi entorno cercano, y ello hace que, a veces, los lunes se pinten de cabriolas y goles, se desplace mi palabra por las ligas, comparta mi análisis de la jornada local.

## Después de la 1:00 de la tarde

Sigo aprendiendo de fútbol, leo revistas, columnas, consulto diarios para conocer los resultados y los análisis de las ligas más importantes (para quienes no lo saben, en el orden que a mí me parece: Inglaterra, Alemania, España, Italia; consulto los comentarios sobre el fútbol de Colombia y estoy atenta a las noticias de mi equipo). Al empezar la tarde, después de la 1:00 p. m., me conecto a mi



© David Estrada Larrañeta

radio para escuchar “El pulso del fútbol”, el mejor programa. Dos maestros que se pasean por la historia, comparten sus recuerdos, deslumbran con sus conocimientos y me enseñan a pensar el fútbol. Cada día procuro tener el tiempo para ellos, para escuchar sus historias, hilar mis memorias y dejarme asombrar por lo mucho que se puede saber sobre el fútbol.

¡Eso! eso es el fútbol. Una sinrazón, un puñado de recuerdos: resultados, jugadores, colores, relatos y voces que me acercan a un deporte que hace mejor mi mundo.

Hilda Mar Rodríguez es licenciada en educación preescolar y magíster en Educación de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia donde se desempeña como docente, directora de la *Revista Educación y Pedagogía* y coordinadora del grupo de investigación Diverser. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.